

**Reseña de libro**

**“La Producción del Dinero, cómo acabar con el poder de los bancos”.**

**Ann Pettifor**

Madrid, Los libros del lince, 2017.

**Reseña de Juan Pablo López Alarcón<sup>1</sup>**

En este libro, la economista especializada en finanzas y deuda soberana, Ann Pettifor, explica cómo el capitalismo actual funciona en base al dinero-deuda creado por la banca privada (comercial y de inversión). En este contexto, los bancos privados emergen como los principales responsables de la inestabilidad financiera que observamos a través de los ciclos de inflación y recesión, y que se han convertido en una característica estructural del capitalismo moderno desde que el dólar comenzó a fluctuar libremente y dejó de estar legalmente respaldado en oro (1971).

La relevancia de fondo de este libro consiste en la demostración rigurosa de algunas dinámicas económicas que ya venían siendo denunciadas incluso desde soportes audiovisuales.<sup>2</sup> Artefactos financieros cada vez más complejos que son, en la práctica, trampas que alimentan un círculo de deuda perpetua en la cual quedan sometidos tanto ciudadanos como gobiernos de todo el mundo. Cuando los bancos conceden préstamos a los ciudadanos crean nuevo dinero y, cuando estos últimos devuelven el préstamo a los bancos, ese dinero se destruye y el banco se queda con los intereses. A través de trucos contables, los bancos crean dinero asociado a una deuda que es una obligación legal entre el prestatario y el prestamista. Más del 97% del dinero en circulación es dinero digital, no físico, por lo tanto los bancos no tienen mayores restricciones de cuánto dinero pueden crear y prestar, alterando artificialmente el valor de bienes y servicios estratégicos para la economía global, como el petróleo. La compra apalancada (término que se utiliza para definir la utilización de deuda para financiar proyectos de inversión en desmedro de los fondos propios) de acciones se ha convertido en práctica habitual entre muchos empresarios, fomentando una cultura del endeudamiento.

La economía del mundo no puede funcionar actualmente sin esa deuda; por lo tanto, proponer una economía sin deudas y de mayor ahorro (como hacen algunos políticos) equivale prácticamente a proponer una economía sin dinero. El endeudamiento es entonces

---

<sup>1</sup> Sociólogo chileno residente en Sao Paulo.

<sup>2</sup> Documental: Deuda al 97% (Como se crea el dinero y su gestión). Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=RL-Ca-rJ9hQ>

el modelo de negocio creado por los bancos para maximizar sus beneficios El ahorro es contraproducente para este sistema monetario. Desde la crisis de las hipotecas sub-prime del 2008 los bancos han comenzado a conceder menos préstamos por lo que la economía global entró en recesión, es decir, al prestar menos hay menos dinero en circulación, menos consumo y menos actividades productivas. Esta recesión se desarrolla entonces por la especulación de una elite financiera sin escrúpulos, que decidió flexibilizar la oferta de dinero para continuar especulando e incentivando a los ciudadanos a apalancarse cada vez más en sus proyectos de inversión.

Diversos intelectuales, entre los cuales destaca el geógrafo David Harvey, han sostenido que el neoliberalismo pudo establecerse fácilmente en América Latina y el Este de Europa aprovechando la crisis que, hacia finales de los años 60 provocó la debilidad de los Estados frente a los bancos, los cuales a su vez pudieron imponer privatizaciones masivas y mermar los derechos laborales<sup>3</sup>. Actualmente los ministros de hacienda de esos mismos países (y ahora también en la Europa mediterránea) continúan aplicando políticas de austeridad cada vez que la inflación supera cierto umbral. Dicho de otro modo, la falta de innovación de los economistas ortodoxos conlleva dolorosos impactos para la población más vulnerable (jóvenes e inmigrantes), y la deuda e intereses asociados a los créditos universitarios e hipotecarios están acabando con la capacidad de ahorro de millones de familias.

Lamentablemente son muy pocos los intelectuales y miembros de la sociedad civil que entienden realmente cómo funciona, en la práctica, el sistema monetario moderno. Un error común es pensar que los bancos actúan simplemente como intermediarios, prestando el dinero de los ahorristas, o que “multiplican” el dinero del banco central para crear nuevos préstamos apoyando la innovación de los empresarios.

Pettifor por su parte plantea la importancia de informar a la sociedad civil respecto a todo lo anterior.

En la práctica, el sistema bancario hace mucho tiempo que dejó de ser un órgano eficiente y democrático en la gestión del dinero que circula en la sociedad capitalista. En lugar de redirigir el dinero hacia actividades verdaderamente productivas, que estimulen el consumo en un círculo virtuoso, se compra el dinero del banco central al 0% de interés para financiar aventuras especulativas (comprando derivados o futuros de materias primas como el petróleo) en beneficio de la elite más selecta del 1%. Es decir, prefieren apoyarse en la flexibilización cuantitativa que ofrece el banco central para apalancar sus compras en activos, especialmente en materias primas desde que China comenzó a industrializarse y

---

<sup>3</sup> David Harvey (2012). El enigma del capital y las crisis del capitalismo. Madrid: Akal (Cuestiones de Antagonismo), 239 pp. ISBN: 978-84-460-3544-2 [trad. del original (2010) The Enigma of Capital and the Crises of Capitalism. Oxford: Oxford University Press]

expandirse comercialmente hacia afuera de sus fronteras, de forma de perpetuar un esquema ponzi global; un término utilizado en reiteradas ocasiones por el columnista británico-estadounidense Mitch Feierstein para describir la crisis global de crédito, también conocida como estafa piramidal porque beneficia solo a quienes están en las ubicaciones centrales del esquema, que son los miembros más antiguos.

Otra característica del esquema ponzi es que está dirigido a un público con poco conocimiento financiero y que necesita estar en constante expansión; por esta razón el sistema financiero depende del gobierno para garantizar la expansión monetaria sin quedar expuesto a los riesgos de una retirada masiva del dinero de los depositantes. Como los bancos se han convertido en una pieza estructural del sistema capitalista neoliberal, el gobierno se ve fuertemente presionado a rescatar a los bancos más grandes para evitar un colapso general de toda la economía, es decir, se produce una especie de secuestro del Estado por parte de las instituciones de crédito usureras.

Es evidente que los bancos centrales están sujetos a la influencia política de una elite selecta, propensa a depender cada vez menos de los trabajadores, conformándose con la recompra de acciones en una suerte de economía de tipo “casino gulag”, donde los directorios de las grandes empresas se acostumbraron a la recompra de sus propias acciones y a aprovecharse de las burbujas apalancadas con dinero fiat en lugar de contratar mano de obra, elevar salarios o invertir en innovación y desarrollo tecnológico. Esto significa que, en vez de estimular la economía real (consumo y producción), se dedican a acaparar beneficios sin importar las consecuencias de alimentar una espiral deflacionista a nivel global, disparando el desempleo y las dolorosas medidas de austeridad en todo el mundo.

Ann Pettifor es demoledora en su análisis de la crisis: el traspaso del poder económico desde instituciones serias, transparentes, elegidas por los ciudadanos, a las élites opulentas, dejó vacíos de sentido en los organismos democráticos y colocó a aquellos que toman las decisiones importantes más allá de los entes reguladores del Estado.

Con los acuerdos de Bretton Woods, los sistemas monetarios y los mercados financieros han cortado los lazos que los vinculaban a la economía real y sus necesidades. Esto se debe en gran medida a que las élites ricas se han apropiado progresivamente de las instituciones financieras estatales en beneficio de sus intereses particulares. La puesta en marcha de una política librecambista global, a través del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, promovió una incansable extracción de beneficios a partir de la deuda.

Desde el año 1971 las divisas internacionales comenzaron a fluctuar libremente con referencia al dólar estadounidense (se termina con el patrón oro como respaldo de las divisas). Al adoptar los tipos de cambio fluctuantes, la incertidumbre respecto al valor de las transacciones aumentó considerablemente, con lo cual se multiplican los especuladores

asociados a la bolsa, y que a su vez pueden intervenir en el mercado de divisas haciendo variar los tipos de cambio. Lo habitual es, sin embargo, que los bancos centrales intervengan cuando consideran que es necesario para que los tipos de cambio se adecuen a los intereses de la elite (flotación sucia).

El coeficiente de caja o porcentaje de dinero que mantienen los bancos en sus reservas líquidas (los depósitos de los ahorristas), ha venido reduciéndose hasta fijarse entre un 0% y un 1% en las principales potencias mundiales. Esto es consecuencia de la política monetaria de los bancos centrales especialmente, que propicia la flexibilización cuantitativa (EQ). Entonces, el dinero de los ahorristas será usado para solventar la liquidez de los bancos.

Existen varias alternativas para salir de una crisis global generada por la espiral deflacionista neoliberal: una de ellas es reemplazar la banca de reserva fraccionaria por una banca de reserva 100 %, que obligaría a todos los bancos a mantener un coeficiente de caja del 100% y así hacer frente a una retirada masiva de los depósitos en efectivo desde la economía real.

Otra medida fundamental es la rehabilitación de la derogada ley Glass Steagall, para separar la banca de inversión y la banca en las sombras (que asume los mayores riesgos) de la banca comercial (que sustenta la economía real), con el fin de evitar que se drenen los recursos de las actividades productivas hacia las actividades especulativas de la elite inescrupulosa de banqueros.

Existe mucha ignorancia en torno al mercado financiero; la mayoría de los profesionales de la ciencia económica, formados en universidades de todo el mundo, han optado por centrarse en asuntos de microeconomía y olvidarse de la macroeconomía, debido en parte a la hegemonía de una ideología predominantemente contraria a las intervenciones en el mercado. Hoy en día, los economistas son indiferentes respecto a las causas profundas de las crisis macroeconómicas cíclicas. Asimismo, los políticos y medios de comunicación carecen de las herramientas para interpretar las complejas operaciones de crédito y hacerlas fácilmente comprensibles para el público en general. Las explicaciones suelen ser demasiado técnicas y no despiertan el interés de los grupos sociales que puedan ejercer presiones al gobierno.

A juicio de la autora, la educación de la ciudadanía en asuntos monetarios es muy relevante porque ha quedado demostrado que la desregulación de los mercados, sin la supervisión de una democracia popular y participativa, termina degenerando tarde o temprano en delincuencia, corrupción y búsqueda exclusiva de beneficios; es decir, los mecanismos de fiscalización pública son fundamentales en el sistema capitalista moderno. Sin embargo, casi no hay discusiones en el mundo académico sobre el impacto que tiene transferir a los

intereses privados el poder público para regular con transparencia y responsabilidad pública.

El sistema monetario ha pasado de ser un bien público a ser un sistema de relaciones sociales al servicio de una pequeña élite. Por lo mismo, las empresas transnacionales no debieran operar más allá de los límites de la democracia reguladora que les permite funcionar dentro de esos límites. En este sentido, el poder de negociación de los gobiernos es crucial al estar bien asesorados por intelectuales capaces de criticar el funcionamiento perverso de la banca de inversión. Del mismo modo, los tribunales financiados por los contribuyentes deben proteger los derechos ciudadanos frente a los intereses corporativos de los bancos.

La autora también aborda el problema de los capitales *offshore*, o dinero depositado en paraísos fiscales, proponiendo una política de control de capitales. Dicha propuesta ha sido muy criticada por los economistas neoclásicos, monetaristas, y mayoritarios en las escuelas de economía, para quienes el sector público es siempre ineficiente y no debe intervenir en los mercados. Como los bancos centrales han perdido el poder de regular los tipos de interés debido a la crisis estructural del neoliberalismo, la única alternativa es la regulación de esas sociedades offshore para que el Estado tenga la capacidad de cobrar impuestos sobre las multimillonarias transacciones que realizan las empresas transnacionales. Lamentablemente la elusión de impuestos es una práctica extendida entre las grandes fortunas, y constituyen una agresión a la democracia ya que son recursos de los cuales se priva a toda la ciudadanía, distribuyendo desigualmente el riesgo de los emprendedores de las pequeñas y medianas empresas por una parte, y mermando la capacidad del Estado de ofrecer una seguridad social de calidad por otra. Ante ello, la autora insiste en la necesidad de aplicar “herramientas macroprudenciales” para reactivar la economía en situación de deflación por culpa de los bancos centrales, al servicio de los especuladores.

El propio Fondo Monetario Internacional, organismo supranacional que se caracteriza desde su fundación por desincentivar cualquier medida proteccionista o contraria a la libre circulación de capitales, reconoció tras la crisis del 2008 que los controles de capital pueden ser útiles como una herramienta de política económica regular, incluso cuando no hay crisis que requieran de medidas urgentes.

En este contexto, la autora lamenta la derogación de la ley Glass-Steagall el 12 de noviembre de [1999](#) por la Financial Services Modernization Act de Estados Unidos, y su reemplazo por la ley Gramm-Leach-Bliley, la cual permitió legalmente que los bancos sean al mismo tiempo bancos comerciales y de inversión. Desde ese momento histórico para el sistema monetario mundial, los bancos comerciales pudieron tomar más riesgos

y [apalancarse](#) más en sus aventuras en el mercado de derivados, incentivando las burbujas especulativas. La Ley Glass-Steagall fue aprobada en el año 1933, luego de la grave crisis del 29 que fue generada precisamente por la desregulación de las actividades especulativas, lo cual permitió a los hogares y empresas acceder libremente a su dinero y al crédito necesario para sus proyectos de inversión, mientras se comenzaba la tarea de remover la carga impuesta por la montaña de apuestas y capital ficticio de aquel entonces.

Ya que el sistema monetario es una institución y un servicio estratégico que beneficia la productividad de toda la economía, no puede estar cooptado por empresas privadas de dudosa reputación, que no están obligadas a rendir cuentas por sus políticas a la ciudadanía más allá de preservar su imagen corporativa frente a los consumidores y la competencia. La creación de nuevo dinero es una decisión política, y como tal, argumenta la autora, debiera estar gestionada por una institución pública (en este caso el Banco Central) con la capacidad de impedir que los riesgos se drenen hacia la economía real y que garantice la estabilidad estructural del sistema económico, al mismo tiempo de aumentar la credibilidad de los bancos comerciales, incentivando el crédito responsable, bien dirigido y sin apalancamiento.

El análisis de Ann Pettifor viene acompañado de interesantes propuestas, como la innovación académica en las universidades y entre las nuevas generaciones de economistas, capaces de reemplazar la ortodoxia con sus mitos y creencias tan fuertemente arraigadas en las teorías desfasadas del siglo XX. Esa transformación debe producirse tarde o temprano, así como también la mayor educación de la ciudadanía para entender el funcionamiento del sistema monetario, cómo afecta en la vida cotidiana la producción del dinero y las decisiones macroeconómicas de las autoridades electas democráticamente por la ciudadanía. El control de capitales frente a la elusión de impuestos, así como la modificación del sistema de reserva fraccionaria y la ley Glass Steagal que separa la banca comercial de la banca de inversión, son todas propuestas interesantes que apuntan a mismos objetivos: dismantelar la cultura de la especulación y extracción incesante de beneficios a costa de la economía real, garantizar estabilidad financiera global e impedir el ciclo vicioso de deuda perpetua que mantiene cautivos tanto a ciudadanos como a gobiernos en un mundo de finanzas globalizadas y desreguladas, es decir, un mundo cada vez más expuesto a una espiral deflacionista.